

# OVIEDO-ARQUITECTURA Y DESARROLLO URBANO

*Del Eclecticismo al Movimiento Moderno*

**Prólogo**  
**Pedro Navascués Palacio**

## PROLOGO

*Si hubiera que definir los elementos que caracterizan la nueva imagen urbana que nuestras ciudades cobran en la segunda mitad del siglo XIX, citaríamos las reformas del casco antiguo donde con frecuencia los solares desamortizados dan lugar a nuevas plazas y las antiguas huertas conventuales a nuevos espacios verdes de disfrute público. Así mismo el ensanche, por modesto que éste fuera, no puede faltar, especialmente cuando la ciudad experimenta un crecimiento demográfico que se ve agilizado por el transporte ferroviario. Es entonces cuando se produce el dramático éxodo del medio rural a la ciudad desencadenando una demanda de servicios entre los que el de la vivienda no es el menor. Pero no es solo en el orden del plano en el que se producen estos cambios y adiciones, pues la imagen arquitectónica adquiere, igualmente, aires nuevos que irán proyectando sobre los edificios las modas unas veces ancladas en el recurso historicista, otras dejando ver un noble eclecticismo que en su versión final, la del modernismo, servirá de puente para adentrarnos en el siglo XX. Un siglo éste que en su primer tercio vuelve a insistir en los mismos temas y preocupaciones, cambiando si se quiere la escala de actuación o variando los posibles modelos urbanos, al tiempo que en lo arquitectónico se busca, por última vez, una posible vía de salida en la manipulación de los elementos que caracterizan la llamada arquitectura regionalista, de claro y grato sabor local, que tiene su inmediato paralelo en la novela de costumbres que le es contemporánea. Aquí y refiriéndonos al medio asturiano, es obligado recordar a Palacio Valdés, y su "Aldea Perdida" (1903), entre otras obras, que si bien puede no tener para algunos el alcance y hondura de la Pardo Bazán o de Pereda, constatamos y esto es lo que ahora importa, la analogía formal de imágenes arquitectónicas y literarias que configuran una actitud que no supone, efectivamente, renovación alguna, en todo caso aparente, pero que dio lugar a un largo capítulo de nuestra historia cultural en el primer cuarto del siglo XX que, que necesita con urgencia de nuestra atención por tratarse posiblemente del período más amenazado por menos considerado.*

*Ello y referido a Oviedo, cobra una actualidad máxima al no desconocer quien esto escribe los problemas suscitados en la catalogación y conservación de edificios de la ciudad, que en modo alguno debiera hacerse con el desdichado criterio exclusivista de la referencia monumental aislada, sino, por el contrario valorar al máximo el valor medio de la arquitectura de la ciudad ya que de aquélla dependé la personalidad de su imagen. Es equivocado, a nuestro juicio, la común creencia de que el gran monumento presta el rasgo diferencial a una ciudad, cuando por el contrario son las calles y plazas, sus casas con soluciones constructivas propias, materiales de la región, temas ornamentales de raigambre en el lugar, balcones o miradores, portales, jardinillos, fuentes, monumentos conmemorativos de circunstancias locales, etc., los que van definiendo el "genius loci". En él, en su fisonomía, radica la dignidad de su personalidad. Cuanto contra él se haga dañará al colectivo urbano de un modo irreparable, pues nos obliga a vivir en un medio desfigurado y hostil, en el que propios y extraños nos sentimos desarraigados definitivamente.*

*Estas cuestiones han sido las que han llevado a María Cruz Morales Saro a abordar el estudio del proceso urbano y arquitectónico de Oviedo, partiendo precisamente de los efectos desamortizadores en la ciudad hasta llegar a los primeros síntomas del Movimiento Moderno. El índice del trabajo y las consideraciones iniciales de la autora anticipan al lector las cuestiones que a continuación se analizan, advirtiéndome por mi parte el acierto de incluir en un solo volumen lo que, un culto excesivo a las escisiones cronológicas, ha impedido en muchos casos plantear el proceso vital y la duración real de la arquitectura del siglo XIX. En otras palabras, no se ha insistido de forma suficiente en la asincronía de nuestra arquitectura —pienso igualmente de la europa— respecto a la fácil división de su historia en orden a las etapas-siglos. Hace algunos años, al estudiar como proceso de larga duración el capítulo de la arquitectura madrileña del siglo XIX, pude comprobar que ésta rebasaba con fuerza el tópico y significativo año 1900, fecha ante la cual muchos historiadores han sentido un vértigo análogo al que experimentaron quienes vivieron los horrores psicológicos del Año Mil. Todos sabemos que los cambios de siglo ado-*

leen de una realidad profunda como fisura histórica, pero no es menos cierto que algunos de estos saltos han adquirido cierta consistencia en la historiografía y el Año de la Exposición Universal de París de 1900 es uno de ellos. No obstante observé que los economistas, al estudiar la economía como proceso histórico, llevaban el siglo XIX hasta la Gran Guerra de 1914, lo cual me aliviaba pues venía a coincidir con comportamientos que había detectado en el campo de la arquitectura. Hoy, sin embargo, y pese que a muchos les pueda parecer arriesgado, pienso que esa misma fecha de 1914 afecta muy relativamente a nuestra particular historia de la arquitectura del siglo XIX, inclinándome a alargar el proceso hasta prácticamente la II República que junto con la Guerra Civil de 1936, será la verdadera fisura que separe la arquitectura del XIX de la del siglo XX. No obstante la Guerra Civil imposibilitó la asimilación y consecuencias de los pioneros del Movimiento Moderno en España que se habían manifestado, ya claramente, entre los años 1920-1930. Todo ello vuelve a constatar una vez más en el análisis que de Oviedo hace María Cruz Morales, que si bien ha organizado su trabajo en función de un antes y un después de 1900, ello no significa en modo alguno una ruptura. Los resortes sociales que impulsan la actividad edilicia son los mismos a una y otra orilla de 1900. Muchas veces los arquitectos son igualmente los mismos. Análogos los planes de estudio en las Escuelas de Arquitectura en Madrid y Barcelona, al margen de pequeñas modificaciones puramente académicas. Es decir por ningún lado se observa un cambio sustancial. Variará, sí, la piel del edificio (neomedieval, ecléctico, modernista, regionalista, etc.) y como excepción aparecerá una arquitectura en hierro, hija legítima del siglo XIX, en construcciones de carácter industrial, pero lo que es el hecho arquitectónico en sí, seguirá anclado en una tradición que precisamente define el contenido de la arquitectura decimonónica frente a los primeros embates del Movimiento Moderno.

Madoz, en su Diccionario, señalaba cómo la ciudad de Oviedo "se construyó sin plan alguno... pocas son las calles rectas y las más, especialmente dentro de las murallas, son irregulares" reconociendo sin embargo, que "ha experimentado considerables mejoras de algunos años acá". No obstante,

cuando Madoz, publica el volumen correspondiente a Oviedo (1849) todavía no se habían producido los efectos finales de la desamortización que, como bien estudia María Cruz Morales, se dejarán sentir en la segunda mitad del siglo XIX. Por ello Madoz no pudo ver el solar del derribado convento de San Francisco, ni la aparición sobre aquél de las nuevas arquitecturas tales como la Diputación, el teatro Campoamor o mercado del Progreso, que se convierten a nuestro juicio en todo un símbolo positivo en el orden político-administrativo, cultural y de servicios ciudadanos. A ellos acompañarán la apertura de nuevas calles así como la construcción de nuevos edificios que detenidamente analiza la autora. Todo esto enlaza con un tema crucial en el desarrollo urbano de Oviedo como es la llegada del ferrocarril a la ciudad, cuya estación una vez más se convertirá en estímulo y generador de nuevas estructuras urbanas. Surge así la rectísima y larga calle de Uría, como puente entre la estación de ferrocarril y el casco antiguo, que se convertirá en el eje de la futura especulación inmobiliaria ovetense cuyos efectos, desgraciadamente, aún no han cesado. Con gran sentido la autora considera la calle Fruela como prolongación de la de Uría sin establecer una diferenciación formal ni de significado urbano, tratando a ambas como un todo que debe hacer frente a los mismos problemas.

El interés del presente trabajo crece a medida que se adentra en su lectura, al encontrarnos con la puntualización y singularidad de sus edificios, de los arquitectos que los trazaron, las tipologías arquitectónicas, el empleo del hierro, etc., para volver a conectar con una etapa que María Cruz Morales conoce bien, según anticipó ya en su libro sobre la arquitectura de Gijón (Gijón, 1978). Algunos de sus arquitectos, muchos de los parámetros estéticos y bastantes de las situaciones descritas en ambos libros sobre Oviedo y Gijón tienen rasgos comunes por razones que resultan obvias. De entre estos arquitectos desearía recordar muy especialmente el nombre de Juan Miguel de la Guardia que supo lograr para Oviedo una particularísima imagen arquitectónica, que no encontramos en otras ciudades españolas. Debido al gran número de edificios que construyó, muchos de ellos de gran responsabilidad urbana, por el lugar de su ubicación, y de profundo alcance social, por

su carácter representativo, la nueva arquitectura de Oviedo en torno a 1900 adquiere una gran coherencia en sus planteamientos. Por ello resulta doblemente dolorosa la paulatina desaparición de su obra ya que no sólo se pierde con ella un edificio de calidad sino que arrastra consigo los que más arriba hemos llamado rasgos diferenciales de la ciudad. Decimos esto una vez derribado el soberbio palacio de Concha Heres, que sonroja incluso a quienes no tuvieron responsabilidad en ello, y cuando el palacete de D. Benigno Pajares (Deán Pallarinos) se halla en una situación extrema de ruina provocada. Querría añadir que, a mi juicio, el conjunto de la obra de Juan Miguel de la Guardia, dentro de un sutilísimo y correcto eclecticismo, se cuenta entre lo mejor de nuestra arquitectura española de siglo XIX, no teniendo nada que envidiar a sus colegas contemporáneos de Madrid o Barcelona. El cuidado puesto por de La Guardia en sus proyectos, modelo exquisito de representación gráfica y de los que ya conocíamos, un adelanto en el citado trabajo de la autora sobre Gijón, además de los proyectos recogidos en el monumental Catálogo del Archivo Municipal de Oviedo (1978), la esmerada dirección de obra que revelan las obras subsistentes, el sabio manejo de los materiales, la calidad del diseño de detalle, etc., hacen de Juan Miguel de la Guardia uno de los arquitectos españoles de mayor talento en el paso de los siglos XIX al XX.

Al hilo de los arquitectos, y tras la consolidación de la acción urbanística en los primeros decenios de nuestro siglo, encontramos nombres como los Busto, padre e hijo, que encarnan la paradoja, tan frecuente en los hombres de su generación de protagonizar de un lado la implantación del modernismo y por otro de encabezar las primeras propuestas del Movimiento Moderno, mediando entre ambos una producción tardo ecléctica de gran carácter. Arquitectos como Emilio Fernández Peña y Julio Galán, edificios como las "Casas del Cuitu" o la que se alza en la calle de Rosal con soberbio revestimiento cerámico de temas modernistas, sin excluir de su iconografías las referencias al comercio y la industria, son otros tantos aspectos a resaltar en vísperas de los intentos regionalistas. Dicho regionalismo arquitectónico vendría a coincidir con otras experiencias en el terreno pictórico, sea el caso de Nicanor Piñole, o con la

recuperación del folklore musical, sin olvidar las descripciones literarias del paisaje asturiano en la novela preferida de Palacio Valdés.

María Cruz Morales, en su afán de recorrer y agotar todas las posibilidades de la arquitectura ovetense, resalta las figuras de Casariego, Rodríguez Bustelo que junto con los mencionados Busto y Vaquero entre otros, protagonizaron el arco de experiencias de los años 30 en el que se dan la mano tanto la arquitectura regionalista como el Art-Decó, el racionalismo y ciertas tendencias expresionistas.

Por todo lo dicho anteriormente no cabe sino felicitarnos por el excelente trabajo de la autora, cuya dedicación y conocimiento de la Arquitectura asturiana se pone de manifiesto una vez más en el presente libro. A través de sus páginas se han fijado unos nombres y obras, se han trazado y valorado las tendencias en la arquitectura ovetense entre 1850 y 1936, se puntúan las intervenciones urbanísticas, incluyendo propuestas como las de Anasagasti, en una palabra se aporta un material en su mayor parte inédito que elaborado por una profesora de la Universidad, es la mejor contribución que dicha institución puede ofrecer a su ciudad. Ni corporaciones ni particulares podrán alegar ignorancia desde el momento en que este libro salga a la calle, siendo obligación de todos apreciar en su valor este legado arquitectónico rescatado del olvido y debidamente valorado por el encomiable tesón de María Cruz Morales Saro.

No resta sino felicitar igualmente al Colegio Oficial de Arquitectos de Asturias y León por la subvención de este trabajo que, además del interés que en sí encierra, pone a prueba una actitud hacia el contenido del libro que deseamos resulte coherente con la práctica profesional de sus colegiados.

PEDRO NAVASCUES PALACIO

Madrid, febrero 1981.